

á la mucha hacienda empeñada por él en la empresa. Y lo mas sensible para un hombre tan ansioso de ser honrado por su rey, era la mengua que recibia á los ojos del mundo, viéndose así excluido de sus justas esperanzas, con tan poca estimacion, ó mas bien, con tanto vilipendio." A esto contestó Pizarro, que no se habia olvidado de hacer por él cuanto debia: que la gobernacion no podia darse mas que á uno: que no era poco lo hecho en haber empezado á negociar, pues lo demás vendria fácilmente despues, mayormente cuando la tierra del Perú era tan grande que habria sobrado para los dos: por último, que como su intencion era siempre de que lo mandase todo como propio, eran excusadas por lo mismo las dudas y las quejas, y debia quedar satisfecho.

El descargo á la verdad era bien insuficiente: pero en la sencilla y apacible condicion de Almagro hubiera bastado acaso á sosegar todas las inquietudes, si Pizarro no trajera sus cuatro hermanos consigo. ¿Pues cómo presumir despues de lo pasado que el gobernador pospusiese los intereses de ellos á los de su amigo? ¿Ni cómo, aunque así fuese, conllevar entretanto la arrogancia y la soberbia de aquellos hombres nuevos que todo lo despreciaban y todo les parecia poco? No hay duda que al valor y prendas de alma y cuerpo que desplegaron despues se debieron en gran parte las grandes cosas que se hicieron en la conquista: pero no es menos cierto que á su orgullo, á su ambicion y á sus pasiones se deben atribuir principalmente las guerras civiles que despues sobrevinieron, y

aquel torbellino espantoso de desastres, de escándalos y de crímenes que los devoró á todos ellos.

Eran tres hermanos de padre, como ya se ha dicho; legitimo Hernando, y los otros dos Juan y Gonzalo bastardos, como el gobernador: Francisco Martin de Alcántara, el cuarto, era hermano suyo por su madre. De ellos el mas señalado y el que influyó mas en los acontecimientos fué Hernando, no tanto por la preponderancia que le daba su legitimidad y mayoría, como por las grandes y encontradas calidades que se hallaban en su persona. Desagradable en sus facciones, gentil y bizarro en la disposicion de su cuerpo, de modales finos y urbanos, de amable y gracioso hablar: su valor era á toda prueba, su actividad infatigable: en cualquiera objeto, en cualquiera acontecimiento, por inesperado que fuese, veía con presteza de águila lo que convenia hacer, y con la misma presteza lo ejecutaba. No habia cuando estaba en España cortesano mas flexible, mas artero, mas liberal; no habia en América español mas altivo, mas soberbio, ni mas ambicioso. No miraba él la corte sino como instrumento de sus miras: no consideraba los hombres sino como siervos de su interés, ó como víctimas de sus resentimientos. Templado y humano con los indios, odioso y temible á los castellanos, astuto, disimulado y falso, incierto en sus amistades, implacable en sus venganzas, eclipsaba con sus grandes calidades las de su hermano el gobernador, á cuya elevacion y dignidad lo sacrificaba todo, y parecía el mal genio destinado á viciar la em-



presa con el veneno de su malicia y con la impetuosidad de sus pasiones <sup>1</sup>.

Era imposible que un hombre de este temple se aviniese á depender de Almagro, que feo de rostro y desfigurado además con la pérdida del ojo, pobre de talle, llano y simple en sus palabras, ganoso de honores en demasia por lo mismo que tardaba en conseguirlos, convidaba mas al desprecio que á la estimacion, cuando no se le consideraba mas que por lo exterior solo. Hernando Pizarro y sus hermanos recién venidos no le podian considerar de otro modo, y mas al experimentar la escasez de recursos que les proporcionaba, hallándose gastado y consumido con los muchos dispendios que habia hecho. El desprecio que tenian en su corazon, traspiraba á veces en sus ademanos, y á veces tambien en sus palabras. Almagro resentido se conducia cada vez con mas indiferencia y tibieza, como quien no queria afanarse por ingrato: y esta triste disposicion se acababa de enconar en sus ánimos con los chismes, sospechas y sugeriones traídas y llevadas todos los dias por amigos, enemigos, y parciales. Llegaron á tanto, en fin, los sentimientos de una y otra parte, que Almagro estuvo ya dispuesto á que entrasen en la compañía otros dos sugetos para hacer frente con ellos á los Pizarros, y el gobernador empezó á tratar con Hernando Ponce y con Her-

<sup>1</sup> E de todos ellos Hernando Pizarro solo era legitimo e mas legitimado en la soberbia: hombre de alta estatura, e grueso, la lengua e el labio gordos, e la punta de la nariz con sobrada carne e encendida; y este fué el desavenidor y el torbador del sosiego de todos. OVIEDO: Historia General: libro XLVI, cap. I.

nando de Soto, ricos vecinos de Leon en Nicaragua; los cuales propietarios de dos navios, y soldados experimentados en las cosas de Indias, podrian con sus personas y bienes ayudarle en la expedicion y suplir abundantemente la falta de Diego de Almagro.

Pero el rompimiento que por instantes estaba para estallar, pudo al fin contenerse con las advertencias y reclamaciones de Hernando de Luque y del licenciado Espinosa. Hallábase éste á la sazón en Panamá, y además de ser amigo de todos ellos, tenia en la empresa, segun se ha sabido despues, una parte harto mas considerable que Hernando de Luque. Mediaron ambos, y las diferencias se concertaron con un convenio, cuyas condiciones principales fueron que Pizarro se obligase á no pedir ni para sí ni para sus hermanos merced ninguna del rey, hasta que se diese á Almagro una gobernacion que comenzase donde acababa la suya, y que todos los efectos de oro y plata, joyas, esclavos, naborias, y cualesquiera bienes que se hubiesen en la conquista, se dividiesen por partes iguales entre los tres primeros asociados.

Conciliados algun tanto los ánimos por entonces con este acuerdo, los preparativos se adelantaron con mayor actividad, y pudo darse principio á la expedicion. Almagro, como la primera vez, se quedó en Panamá á completar las provisiones y pertrechos necesarios, y á recibir la gente que de Nicaragua y otras partes acudia á la fama de la conquista. Mas Pizarro dió luego á la vela en tres navichuelos provistos de las municiones de boca y guerra suficientes, y lle-



vando á sus órdenes ciento y ochenta y tres hombres <sup>1</sup>. Con este miserable armamento, mas propio de pirata que de conquistador, se arrojó á atacar el imperio mas grande y civilizado del nuevo mundo. Hubo sin duda en esta empresa mucha constancia, valor grande, y á las veces no poca capacidad y prudencia; pero es preciso confesar que hubo mas de ocasion y de fortuna; y á tener noticias mas puntuales de la extension y fuerzas del pais, es de creer que no se aventurásen á tanto con fuerzas tan desiguales. Mas los españoles entonces solo se informaban de las riquezas de una region y no de su resistencia: esta en su arrojó era nula: allá iban y allá se perdian si no les ayudaba la fortuna, ó se coronaban de poder y de riquezas cuando les era propicia: héroes en un caso, insensatos en otro.

El primer punto en que la expedicion tomó tierra fué la bahía de San Mateo: allí se determinó, que la mayor parte de la gente con los caballos tomase su camino por la marina, y los navíos fuesen costeando casi á la vista unos de

<sup>1</sup> Esta salida fué en los últimos dias del año de 1530, ó primeros del 31, segun se deduce de la relacion MS. del P. Naharro, donde se dice que Pizarro hizo bendecir las banderas en la iglesia de la Merced de Panamá el dia de S. Juan Evangelista del año de 1530, y confesar y comulgar á sus soldados el inmediato de los Inocentes. No parece verosímil, segun esto, que la salida se dilatase hasta febrero, como lo expresa la relacion antigua de Pedro Sancho que hay en Ramusio, seguida en esta parte por Robertson. Zárate dice expresamente que la salida fué á principios del año de 31: ni en Jerez, ni en Oviedo, ni en Garcilaso, ni en Herrera se halla determinada la fecha con precision. Por lo demás la autoridad del P. Naharro en esta parte es incontestable, porque él sacó la noticia de los registros mismos de la iglesia de la Merced.

otros. Vencieron, con su acostumbrada constancia, las dificultades que les ofrecia el pais en aquella direccion por los rios y esteros que tenian que atravesar; y llegaron en fin al pueblo de Coaque rodeado de montañas y situado cerca de la línea. Los indios viéndolos venir los esperaron sin recelo, como que ningun mal merecian de aquella gente extranjería. Mas ya su marcha era enteramente hostil, el pueblo fué entrado como por fuerza, las casas y habitantes despojados de cuanto tenian, los indios despavoridos se dispersaron por aquellos valles y asperezas. Hallaron al cacique escondido en su propia casa, y traído delante del capitan, dijo que no se habia atrevido á presentarse, receloso de que le matasen viendo cuan contra su voluntad y la de los suyos se habia entrado el lugar por los españoles: Pizarro le aseguró diciéndole que su intencion no era de hacerle mal ninguno, y que si hubiera salido á recibirle de paz no les tomara cosa ninguna. Amonestóle que hiciese venir la gente al lugar, y volvió con efecto la mayor parte al mandato del cacique, y preveyeron por algun tiempo de bastimento á los castellanos: pero sentidos del poco miramiento con que eran tratados, se dispersaron y desaparecieron otra vez, sin que por mas diligencias que se hicieron pudiesen despues ser habidos.

Fué considerable el botin, pues de solas las piezas de oro y plata se juntaron hasta veinte mil pesos, sin contar las muchas esmeraldas que tambien se hallaron y valian un tesoro<sup>1</sup>. Hizó-

<sup>1</sup> Dicese que muchas de estas esmeraldas se perdieron



se de todo un monton, de donde se sacó el quinto para el rey, y se repartió lo demás segun lo que á cada uno proporcionalmente correspondia. La regla que invariablemente se observaba en esta clase de saltos y saqueos era poner de manifiesto cada uno lo que cogia, para agregarlo á la masa que despues habia de distribuirse. Fuerza les era hacerlo así, porque tenia pena de la vida el infractor de la regla; y la codicia que todo lo vigila, nada perdona tampoco.

Los tres navios salieron de allí, dos para Panamá, y uno para Nicaragua, á mostrar las piezas de oro ricas y vistosas habidas en el despojo, y estimular con ellas los ánimos para venir á militar en la expedicion. Pizarro daba cuenta á sus amigos de su buena fortuna y les pedia que le enviasen en los navios hombres y caballos. Él entretanto se quedó á aguardar su vuelta en aquella tierra de Coaque, donde los españoles volvieron á experimentar todos los males y trabajos de sus peregrinaciones anteriores. Era este como el último esfuerzo que hacia la naturaleza contra ellos para defenderles el Perú, y es preciso confesar que fué harto doloroso y cruel. Acostábanse sanos y amanecian unos hinchados, otros tullidos, algunos muertos. Y como si este azote no fuese bastante, aco-

por quererlas probar con martillo, para distinguir las de otras piedras verdes que se les parecian mucho. Aconsejábales esto Fr. Reginaldo de Pedraza, un dominicano que iba en la expedicion con otros religiosos de su orden, asegurándoles que la verdadera esmeralda era mas dura que el acero. Aun la murmuracion soldadesca no perdonó á este fraile; pues decian que con achaque de probarlas se las guardaba. **HERRETA:** Década cuarta, lih. VII, cap. IX.

metió á la mayor parte de ellos una enfermedad tan penosa como horrible, en la que se les llenaba el cuerpo y la cara de berrugas grandes, blandas y dolorosas que les incomodaban y afeaban, sin saber de qué manera se las podrian curar. Los que se las cortaban se desangraban, y á veces hasta morir: los otros tenian por mucho tiempo que sufrir sobre sí aquella peste, que se pegaba de unos á otros, y cada vez se hacia mas cruel. Renovábanse á los veteranos sus antiguas aflicciones y agonias, mientras que los de Nicaragua recordaban con lágrimas las delicias del pais que habian dejado, y maldecian la hora en que salieron de allí fascinados por esperanzas tan traidoras. Consolábalos Pizarro lo mejor que podia; pero el tiempo se pasaba, los navios no venian, y ya desalentados y afligidos pedian á quejas y gritos pasar á otra tierra menos adversa y cruel.

Al cabo de siete meses que allí aguardaban, apareció un navío que les traía bastimentos y refrescos. En él venian Alonso de Riquelme, tesorero de la expedicion, y los demas oficiales reales que no habiendo podido salir de Sevilla al tiempo que Pizarro, por la priesa y cautela con que emprendió su viaje, habian en fin llegado á Indias y venian con algunos voluntarios á incorporarse con él. Alentados con este socorro, y mas con la esperanza que Almagro daba de acudir prontamente con mayor refuerzo, determinaron pasar adelante, y por Pasao, los Caragues, y otras comarcas habitadas de indios, llegaron por último á Puerto Viejo, donde fronteros á la isla de Puna y próximos á Tumbez,



podieron considerarse á las puertas del Perú. En unas partes habian sido recibidos de paz ó por temor á sus armas, ó por el deseo de quitarse de encima aquellos huéspedes incómodos; en otras encontraron con hostilidades que al fin se convertian en mayor daño de los naturales; porque no eran los obstáculos puestos por los hombres los que podian detener la marcha de aquellos audaces extrangeros: harto mas árduos eran los que la naturaleza les ponía, y ya los habian vencido.

Acrecentóse en gran manera la confianza de Pizarro con la llegada de treinta voluntarios que vinieron de Nicaragua, entre ellos Sebastian de Belalcazar, uno de los capitanes que mas se señalaron despues en el Perú. Querian algunos, cansados ya de viajar, que se poblase en Puerto Viejo; mas el gobernador tenia otras miras, y su intencion era pasar á la isla de Puna y pacificarla amigablemente ó á la fuerza, para despues venir á Tumbes, y sujetar á aquel pueblo con el ayuda de los insulares si se resistian á recibirle. Duraba entre aquellas gentes la animosidad antigua, y sobre ella fundaba el conquistador su plan, que, á pesar de las razones que tuviese para preferirle, no tuvo éxito correspondiente á sus esperanzas y deseos, pues no le excusó al fin la molestia y peligro de tener á unos y otros por enemigos, y dos guerras en lugar de una.

Pudo evitarse la de la isla, á proceder los españoles con mas confianza ó mas espera. Mas esto no era posible atendidas las sospechas que segun las relaciones antiguas infundieron los

intérpretes á Pizarro sobre la buena fe de los isleños. Los castellanos conducidos á Puna en balsas proporcionadas por los indios, asegurados por Tomalá, su principal cacique, que vino á tierra firme á disipar las dudas que Pizarro podia tener de su buena voluntad, fueron agasajados, regalados y divertidos con toda clase de demostracion amistosa. Mas nada bastaba para aquietar sus ánimos prevenidos, que tomaban aquellas pruebas de benevolencia por otras tantas celadas alevosas, con que los indios trataban de exterminarlos á su salvo. ¿Eran fundadas estas sospechas, ó no? La decision es difícil, cuando no tenemos á la vista mas que las relaciones de los vencedores, parciales por necesidad, y que han de propender siempre á justificar sus procedimientos. Y en este caso hay mas motivos de duda, puesto que los intérpretes que tanto enconaban á los castellanos eran tumbecinos, enemigos naturales de los insulares, y por consiguiente inclinados á procurarles todo el mal posible de parte de aquellos huéspedes poderosos. De cualquier modo que esto fuese, Pizarro informado un dia de que el principal cacique se avistaba con otros diez y seis, y recelando comprometida en esta conferencia la seguridad de los españoles, envió á buscarlos á todos, y traídos á su presencia los reconvinó ásperamente por el mal término que con él usaban. Mandó en seguida que se reservase á Tomalá, y se entregasen los otros á los indios tumbecinos, que habiendo entrado con él en la isla bajo el amparo y sombra de los castellanos, todo lo estragaban en ella con robos y devasta-



ciones. Ellos viendo en poder suyo á sus víctimas, se arrojaron á ellas como bestias feroces, y les cortaron las cabezas por detrás á manera de reses de matadero.

Los de Puna viéndose atropellados de este modo por los extraños, insultados por sus enemigos naturales, preso su señor, y descabezados sus caciques, acudieron á las armas, y en número de quinientos acometieron á los españoles, no solo en el real donde tenian hecho su asiento, sino hasta en los navíos, que por mas desamparados parecian mas fáciles de ofender: pero bien pronto conocieron la diferencia de armas á armas, y de brazos á brazos. ¿Qué podrían hacer aquellos infelices medio desnudos, con sus armas arrojadas hechas de palma, contra cuerpos de hierro, contra espadas de acero, contra la violencia de los caballos y el estruendo y estrago de los arcabuces? No perdieron el ánimo sin embargo aunque rechazados con pérdida por todas partes; y volvian una vez y otra al ataque con nueva furia, para despertarse despues y esconderse en los pantanos y manglares del pais. Duró esta guerra, si tal puede llamarse, muchos dias, sin que los españoles, fuera de los cortos despojos que en los primeros encuentros recogieron, sacasen mas que sobresalto, cansancio, y algunas veces heridas. Pizarro conociendo que no le era ventajoso continuarla, hizo traer delante de sí á Tomalá, y le dijo que ya veía los males que sus indios habian traído sobre sí con su doblez y alevosía: á él como su cacique convenia atajarlos, y por lo mismo le amonestaba que les mandase dejar

las armas y recogerse pacíficamente á sus casas: cuando esto se realizase, los castellanos cesarian de hacerles guerra. A esto repuso el indio: "que él no habia dado motivo á ella, siendo falso cuanto se le habia imputado: que le era por cierto bien doloroso ver su tierra hollada de enemigos, su gente muerta, y todo asolado y destruido. Todavía por complacerle, era gustoso de mandar lo que queria, y daria orden á los indios para que dejasen las armas." Así lo hizo, y no una vez sola; pero ellos no quisieron obedecerle, y enconados y furiosos decian á gritos que nunca tendrian paz con gente que tanto mal les habia hecho.

En tal estado de cosas llegó de Nicaragua Hernando de Soto con dos navíos, en que venian algunos infantes y caballos. Fué este capitán considerado desde entonces como la segunda persona del ejército, bien que ya estuviese ocupado por Hernando Pizarro el cargo de teniente general, que á él se le habia ofrecido en las conferencias tenidas anteriormente en Panamá. Supo Soto disimular este desaire con la templeanza y cordura que siempre le acompañaron; y su destreza, su capacidad y su valor manifestados en todas las ocasiones de importancia, le grangearon desde luego aquel lugar distinguido que tuvo siempre en la estimacion de indios y españoles. El socorro que trajo consigo pareció bastante á Pizarro para emprender cosas mayores, con tanta mas razon cuanto que los soldados estaban ya cansados de aquella guerra infructuosa, muchos de ellos enfermos aun del contagio de las berrugas, y todos deseosos de



establecerse en otra parte. Estas consideraciones le hicieron resolverse á dejar la isla y pasar á tierra firme.

Si la guerra de Puna pudo fácilmente excusarse, la de Tumbez por el contrario ni pudo esperarse ni prevenirse. Todo al parecer alejaba la idea de un rompimiento de parte de aquella gente: el trato antiguo desde el primer reconocimiento, el concepto favorable que los castellanos dejaron allí entonces, la buena acogida que hicieron á los que se unieron á ellos. Juntos habian pasado á Puna: allí los tumbecinos habian hollado y desolado á su placer la tierra enemiga, allí habian tenido la feroz satisfaccion de sacrificar por su mano á los caciques; y seiscientos cautivos que los de Puna guardaban destinados parte al sacrificio y parte á las labores del campo, fueron puestos en libertad por Pizarro de resultas de su primera victoria, y enviados al continente con todo lo que les pertenecia. Beneficios eran estos que debian asegurar la buena voluntad y amistosa acogida de aquellos naturales: y sin embargo no la aseguraron, y los españoles fueron recibidos por los tumbecinos con toda la alevosia y la perfidia que pudieran temerse del enemigo mas encarnizado. Los españoles al verse asaltados así, debieron sentir tanta sorpresa como indignacion, y acusar altamente la perversidad de aquellos bárbaros sin fe. Mas la causa no estaba en los indios, estaba en ellos mismos. Cuando la otra vez vinieron, se hacian interesantes por su novedad, y se presentaban comedidos en sus acciones, corteses en sus palabras, generosos en

dar, agradecidos al recibir, indiferentes á las riquezas, fieles observadores de la hospitalidad. Ahora armados y feroces, maltratando los pueblos pobres, saqueando los ricos, y llevándolo todo al rigor de la violencia, aparecian á los ojos de los indios, sabedores por fama de lo sucedido en Coaque, como bandoleros pérfidos y crueles, indignos de todo obsequio y respeto, y acreedores á toda doblez y alevosia. No tenían, pues, los castellanos por qué quejarse de los tumbecinos, á los cuales el instinto de su propia conservacion debia necesariamente instigar á repeler de cuantos modos pudiesen á sus odiosos agresores.

El paso de la isla á la tierra firme se hizo parte en los navios y parte en las balsas, donde se pusieron los caballos y el bagaje. Llegaron primero los que iban en las balsas, y á tres que los indios pudieron coger por ir mas delanteros, despues de ayudarles cortesmente á salir á tierra, los llevaron al lugar como para aposentarlos, y al instante que llegaron se echaron sobre ellos, les sacaron los ojos, les cortaron los miembros, y aun vivos y palpitantes los echaron en grandes ollas que tenían puestas al fuego, donde tristemente perecieron. Las demas balsas iban llegando cual con mas cautela, cual con menos, y los indios las acometian y robaban el herraje y ropa que llevaban, perdiéndose en este despojo la mayor parte del equipaje del gobernador que iba en una de ellas. Los hombres que salian á tierra, como se vieron sin capitán y sin guia, mojados y cogidos de sobresalto, empezaron á dar voces pidiendo ayuda. A la



grita y al bullicio del desorden Hernando Pizarro, que con los caballos habia saltado en tierra algo distante de allí, se arrojó para socorrerlos por medio de un estero que habia entre unos y otros. Siguiéronle los que se hallaban con él, y á su vista y arremetida, los indios no tuvieron aliento para sostenerse y abandonaron el campo. De este modo pudo la gente de las balsas acabar de desembarcar y á poco llegó Pizarro con los navíos.

Hallóse el pueblo no solo yermo sino enteramente arruinado. La guerra con los de Puna, enconada nuevamente con las divisiones del imperio, le tenia en un estado harto diferente de aquel en que le vieron la primera vez los españoles. Desalentábanse ellos mucho con el aspecto de aquellas ruinas, y mas los de Nicaragua al comparar los trabajos que allí padecian, y la devastacion que miraban con las delicias de su paraiso; que este nombre daban á aquella bella provincia. Llegó en esto un indio, que rogó á Pizarro no se le saquease su casa, una de las pocas que se veían en pie, y prometió quedarse en su servicio. *Yo he estado en el Cuzco, añadia, yo conozco la guerra, y no dudo que toda la tierra va á ser vuestra.* Mandó el gobernador al instante señalar aquella habitacion con una cruz para que fuese respetada, y prosiguió oyendo al indio lo que contaba del Cuzco, de Vilcas, de Pachacamac y otras poblaciones de aquella region, de las grandezas de su rey, de la abundancia de oro y plata, empleados no solo en los utensilios y cosas mas comunes, sino tambien en chapear

las paredes de los palacios y de los templos.

Cuidaba Pizarro de que estas noticias cundiesen entre los españoles; pero ellos escarmentados é incrédulos no les daban acogida, teniéndolas por invenciones suyas para levantarles el ánimo con la esperanza y cebarlos en la empresa. Tal concepto habian hecho anteriormente en la isla de Puna de un papel encontrado en la ropa de un indio que habia servido al marinero Bocanegra, escrito segun se decia por él, y donde habia estas palabras: *Los que á esta tierra vintereades, sabed, que hay mas oro y plata en ella que hierro en Vizcaya.* El artificio era á la verdad harto grosero, y no produjo mas efecto que cerrarles la fe y los oidos á las grandes cosas que aquel indio contaba despues, y que otros que iban llegando repetian.

Quiso tambien Pizarro saber de él cuál habia sido el paradero de los dos españoles que quedaron en Tumbez en su primer viaje: respondió que poco antes que llegase el ejército habian sido muertos los dos, uno en Tumbez y otro en Cinto. De la muerte no se dudó, porque jamás parecieron; pero del motivo de su desgracia y de los sitios en que sucedió variaban las noticias segun la pasion ó las miras de los que las daban. Quién decia que fueron muertos por su insolencia y libertades con las mujeres del pais; quién, que yendo con los de Tumbez á un combate con los de Puna, habian sido cogidos y alanceados por los insulares; quién, en fin, que llevados á que los viese el Inca Huayna-Capac, sabiendo sus conductores que era muerto, los mataron en el camino.